

# Génesis social de la psicología en México

La psicología experimental en la Universidad Nacional de México

César Carrascoza V.\*

Roberto Manero Brito\*\*

[...] llegar a fundar en México un instituto de psicología que destacado a través de toda la República, estudiara directamente en cada lugar de ella el alma de los indios, el alma de los mestizos, el alma de los blancos [...] y les diera una identidad.

EZEQUIEL CHÁVEZ

## RESUMEN

El presente ensayo pretende realizar una aportación a la inteligibilidad de los procesos de desarrollo de la psicología en nuestro país. La *génesis social* y la *institucionalización* de la psicología son elementos fundamentales para la comprensión de su situación actual y el desarrollo explosivo que ha sufrido en los últimos años. El proceso de institucionalización de esta disciplina no sólo nos revela su proceso de crecimiento y difusión, sino la forma en la que dicho proceso se encuentra fundamentado, construido y estructurado a partir de un *mandato social*. Dicho de otra manera, la psicología en México no puede pensarse en abstracción de los mandatos y encargos concretos que la orientan en función de su constitución en un estado fragmentado, incapaz de asumir su pluralidad y diversidad. La creación de un sujeto mexicano es, así, su proyecto y su fracaso: es en este fracaso que la psicología experimental se constituye. Por ello, la revisión de su génesis social, especialmente su proceso formativo durante el periodo liberal, resulta de especial importancia.

**PALABRAS CLAVE:** psicología experimental, génesis social, institucionalización, universidad nacional.

## Abstract

*Social genesis of psychology in Mexico. Experimental psychology at National University of Mexico.* This paper intends to contribute to the intelligibility of the processes

\* Candidato a doctor en Ciencias Sociales, UAM-Xochimilco. Profesor de la FES Iztacala y de la Facultad de Psicología de la UNAM.

\*\* Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

of psychology development in our country. *Social genesis* and psychology *institutionalization* are essential to understand their current situation and the explosive growth that has suffered in recent years. The institutionalization of this discipline reveals the process of growth and dissemination, but the way in which this process is founded, built and structured from a *social mandate*. Put another way, the psychology in Mexico can not be an abstraction of specific mandates that guide it in terms of its constitution as a fragmented state, unable to assume its plurality and diversity. The creation of a Mexican subject is, thus, its project and its failure: in this failure experimental psychology is constituted. Therefore a review of its social origin, especially its formative process during the liberal period, is particularly important.

KEY WORDS: experimental psychology, social genesis, institutionalization, national university.

## INTRODUCCIÓN

El concepto de *génesis social* es uno de los pilares básicos del análisis institucional.<sup>1</sup> Describe una situación, una manera de construir las memorias constituyentes de las formas sociales institucionalizadas. A partir de este concepto, los procesos institucionales que se estudian desde la perspectiva institucionalista adquieren su densidad histórica. Pero no se trata de una forma cualquiera de historizar. La *génesis social* nos reenvía permanentemente al debate entre historiadores y sociólogos, entre la historia y la memoria; nos remite a las *condiciones sociales e históricas de posibilidad* en la conformación de los procesos institucionales.

De esta manera, la *génesis social* no solamente reconstruye un pasado intentando mantenerse fiel a los hechos históricos, sino que remite permanentemente a un presente desde el cual el pasado adquiere sentido. Completa de esta manera al concepto histórico, ya

<sup>1</sup> En este artículo, nos referimos al análisis institucional como la corriente de pensamiento que se inició en Francia alrededor de la década de 1960, que encontró en su tendencia socioanalítica una de las expresiones conceptuales más acabadas; sus principales promotores fueron Georges Lapassade y René Lourau.

que el pasado nos permite, por lo menos en cierta medida, elucidar algunos aspectos del presente.

Existe en toda génesis social un llamado al imaginario. Por así decirlo, es desde el presente desde donde elegimos nuestro pasado. Recorremos los antiguos linajes, establecemos asociaciones directas e indirectas, atribuyendo al pasado rasgos de nuestro presente, y asumiendo en nuestra dinámica identificaciones con personajes y situaciones pretéritas.

La psicología en México, afortunadamente, no ha logrado la unificación y uniformidad que muchas de las mentes más brillantes en nuestro país han soñado. No existe un consenso en las comunidades de psicólogos sobre los métodos y teorías apropiados para la disciplina. Los objetos de estudio son cada vez más disímiles. Además del surgimiento inusitado de una enorme cantidad de escuelas de psicología, estamos viendo el desarrollo de un gran número de especialidades y subespecialidades que cada vez tienen menos que ver entre sí.

Este panorama obliga a preguntarse, en el contexto de la psicología social, sobre las condiciones de la institucionalización de la disciplina. Pregunta tanto más difícil, cuanto las descripciones suponen un punto de partida tangible, una concepción de inicio que subtiende todo el esfuerzo de historización. Hablar de los orígenes de la psicología en México nos remite a una pregunta que no podemos contestar: ¿cuál psicología?, ¿el psicoanálisis?, ¿la psicología social?, ¿las prácticas psicológicas asistenciales?, ¿el trabajo promocional sobre la subjetividad?

Por ello, nuestro título tiende a especificar el campo institucional en el que intentamos movernos. No es una elección azarosa. La psicología experimental, heredera del positivismo mexicano, tiene una larga tradición en nuestro país. Acompañó de cerca muchos de los procesos de institucionalización de la universidad en México. Fue un campo en el que fraguaban formas sociales derivadas de los *encargos y mandatos sociales* que fueron constituyendo el proyecto de la psicología. De esta manera, la psicología en México, especialmente la experimental, se constituye como una memoria de las respuestas, siempre transitorias y posiblemente incompletas, que grupos de intelectuales y profesionales daban al Estado, en una tensión entre la conformación de una singularidad propia, y los mandatos estatales

para su constitución como *técnicos del saber práctico*, como felizmente retratará Basaglia (1975) a los profesionales *psi*.

El recorrido sobre la institucionalización de esta disciplina en México nos lleva al momento fundacional de la Universidad. Es ahí donde la psicología protagoniza el proceso de constitución de la nueva *intelligentsia* mexicana, un grupo que al abrir su propio espacio institucional se constituye en interlocutor y actor privilegiado en la organización y transformación del moderno Estado mexicano. Así, la génesis social de la psicología experimental va paralelo de la nueva universidad, de esa universidad moderna, jaloneada entre el proyecto de convertirse en instrumento auxiliar de las políticas de un Estado casi fatal y permanentemente autoritario, y sus formas negativas, que poco a poco fueron constituyendo el proyecto –su más noble función– de ser la *conciencia crítica de la sociedad*, la *reflexividad* de una sociedad que se quiere autónoma.

En este ensayo, el proceso de institucionalización es uno de los ejes fundamentales para la caracterización de la génesis social de la psicología experimental. A partir de la institucionalización, los procesos, los movimientos sociales, los diferentes proyectos que surgen en la práctica social van adquiriendo una existencia social visible. Esta conversión de una idea en diversas formas materiales, en diferentes esquemas relacionales y vinculares no es, sin embargo, un proceso sencillo o unidireccional. Los procesos de institucionalización se revelan como fenómenos extremadamente complejos que, sin embargo, resultan especialmente significativos en el estudio sobre la subjetividad y las dimensiones imaginarias que privan en nuestra sociedad.

Los procesos de institucionalización, de acuerdo con Lourau (1980), deben ser estudiados a partir de dos conceptos eje: el *principio de equivalencia ampliado* y el *efecto Mühlmann*. El primero de ellos nos remite a la figura de un Estado-inconsciente que se constituye como modelo imaginario de todas las formas sociales, como garante de su simbolización y de su existencia material: su institución. En relación con el segundo, este *efecto* plantea el fracaso del proyecto fundacional del movimiento, como condición *estructuralmente necesaria* (según el planteamiento de Mühlmann) para su institucionalización; es decir, que la forma institucionalizada se constituye como negación de la dimensión profética o utópica del movimiento.

Es desde esta perspectiva que nos acercamos a la génesis social de la psicología experimental en México. El proceso de institucionalización de esta disciplina no sólo nos revela su crecimiento y difusión, sino la forma en la que dicho proceso se encuentra fundamentado, construido y estructurado a partir de un *mandato social* (siguiendo la feliz expresión de Basaglia). Dicho de otra manera, la psicología en México no puede pensarse en abstracción de los mandatos y encargos, bien concretos, que la orientan en función de su constitución en un Estado fragmentado, incapaz de asumir su pluralidad y diversidad. La creación de un sujeto mexicano es, así, su proyecto y su fracaso: es en este fracaso que la psicología experimental se constituye.

#### EL CONTEXTO LIBERAL

Durante el siglo XIX la introducción de la ciencia en América Latina fue una estrategia para confrontar los antiguos poderes coloniales. Se pretendía sustituir la religión católica, que promulgaban los grupos hegemónicos antagonistas al liberalismo, por la religión científica, promovida en ese momento por el liberalismo juarista.

En el plano *filosófico*, el positivismo constituye una teoría del conocimiento, a partir de la cual se asume que el medio del que dispone el hombre para conocer es el método científico. Aun cuando se pueden establecer leyes del funcionamiento de los objetos estudiados, la búsqueda de finalidades últimas no es el objetivo de este modo pensar (Zea, 1993).

En el plano *social*, para esta doctrina, la sociedad constituía un organismo en desarrollo –más que una colección de individuos–, y la forma de conocerla es a partir de una perspectiva histórica, matizada por la filosofía social darwinista formulada por Spencer. Según esta doctrina, la sociedad, lo mismo que la mente humana, pasa por tres estadios de desarrollo: el teológico, el metafísico y el positivo (científico). Por esto, cada sociedad debe identificar en qué etapa de su desarrollo histórico se encuentra, y tomar las acciones pertinentes.

La filosofía del positivismo fue adoptada por las clases dominantes tanto en Europa como en México. Es un campo de pensamiento destinado a justificar el orden social imperante, pero, como dice Paz

(1994), al importarlo de Europa el positivismo cambió de naturaleza. Allí, el orden social era el de la sociedad burguesa: democracia, libre discusión, técnica, ciencia, industria, progreso. En México, el mismo discurso intelectual fue la máscara de un orden fundado en el latifundismo. Así:

Se produjo una escisión psíquica: aquellos señores que juraban por Comte y por Spencer no eran unos burgueses ilustrados y demócratas sino los ideólogos de una oligarquía de terratenientes [Paz, 1994:324].

El positivismo constituye una filosofía de orden, que era lo que los liberales victoriosos buscaban imponer. Mediante la adopción de esta escuela de pensamiento era posible alcanzar tal finalidad, y eso sería posible a condición de unificar y reducir al máximo las diferencias y la disidencia. La Reforma Educativa, emprendida a mediados del siglo XIX, se encargaría de llevar a cabo esta misión, que procuraría el dominio sistemático de la ciencia moderna.

Iniciada en la Escuela Nacional Preparatoria, esta reforma educativa fue emprendida, a petición presidencial de Benito Juárez, por Gabino Barrera (1810-1881), quien realizara estudios directamente con Augusto Comte entre 1848 y 1851. El espíritu positivista del cambio sufrido en la educación se manifestó en el énfasis en el aprendizaje enciclopédico, en el mayor peso dado a lo práctico y científico, y en cuanto a la comunión con el secularismo. La meta a lograr consistía en que, mediante esta educación, el estudio sistemático de las ciencias (es decir, en complejidad creciente) se estimularía en el orden de lo mental y lo social, y se impediría el desajuste social.<sup>2</sup>

Evidentemente, la política era considerada como una actividad científica desde esta perspectiva. Así, la "política científica", dirigida a las élites gobernantes, implicaba que el método científico se podía aplicar al estudio y solución de los problemas nacionales. En esta medida, la política se podía considerar una ciencia experimental, que se guiaba por la observación y la investigación. Sus postulados,

<sup>2</sup> Esta reforma educativa se hacía sobre el proyecto, ya entonces fracasado, de la educación *lancasteriana*. Los liberales habían acudido a los modelos de las logias masónicas (y en este punto debemos recordar los aspectos sectarios y clandestinos que definen a ese tipo de grupos), para estructurar el proyecto educativo de la nación.

que no dejan de hacernos pensar en el presente, en particular respecto de las posiciones de algunos partidos políticos, planteaban que la sociedad debía ser administrada por representantes elegidos (en vez de gobernada); debía ser una sociedad industrial, y los industriales sus nuevos dirigentes, dado que estaban familiarizados con las finanzas y la administración. La relación entre el análisis científico y el político, necesario para la regeneración social, la realizaría una élite de asesores (sabios). *Esta idea de democracia, tan acorde a los tiempos actuales, prefiguraba una gestión política y administrativa de la sociedad más de corte aristocrático que republicano.*

Tocó a Justo Sierra desarrollar la política científica del país, y con ella se pretendía acabar con las revoluciones y desórdenes (relacionados con los quebrantos financieros y económicos, lo mismo que con problemas políticos), llamar a la conciliación nacional y al fortalecimiento del gobierno (uno que trocara los “derechos” constitucionales utópicos por orden y seguridad). Todo en respuesta a las demandas de la sociedad industrial.

#### INFLUENCIA DE SPENCER EN AMÉRICA LATINA

El positivismo se instauró en América Latina, lo mismo que las condiciones que lo auspiciaron. La sociedad se concebía como un organismo de la naturaleza, más que una colección de individuos, sujeto a cambios en el tiempo. Se concebía así sobre todo en las clases dominantes. Este punto de vista estaba configurado a partir de la filosofía de Comte, creador de esta doctrina. Sin embargo, otros pensadores de esta misma orientación, con algunas diferencias en ciertos puntos, también resultaron de gran influencia en el pensamiento liberal latinoamericano. Es el caso de Herbert Spencer, especialmente en lo que se refiere a la evolución humana y al desarrollo de sociedades particulares. Para Spencer, resultado de prolongadas etapas de adaptación natural, la culminación de la sociedad humana estaba representada por la sociedad industrial, que sería individualista, liberal y sin Estado.

Spencer fue importante entre la intelectualidad latinoamericana ya que el sistema evolucionista que proponía se basaba en el desarrollo de sociedades específicas. Por esto mismo, este autor resultó una influencia para los latinoamericanos en cuanto les

permitía atender las peculiaridades de su propia sociedad dentro del concierto universal. El concepto de “raza” era uno de los aspectos que él atendía de manera prioritaria.

Robert Boakes, importante psicólogo experimental e historiador de la psicología, lo describe de la siguiente manera:

El pensamiento social de Spencer era tan radical como su pensamiento científico y estaba igualmente influido por las implicaciones que él mismo encontraba en su teoría de la evolución. Para él, el progreso social se alcanzaría mediante un “liberalismo genuino” que maximizara la libertad individual y minimizara las interferencias del Estado; las vacunas y el cuidado de los enfermos y los locos servían únicamente para fomentar la regresión del género humano; las diferencias económicas y sociales entre las razas, los sexos y las clases eran parte del orden natural, una parte necesaria de la evolución. En lo que a las instituciones sociales se refiere, el liberalismo de Spencer no se caracterizaba por su entusiasmo por el sistema democrático: “El gobierno representativo es el mejor posible para la administración de la justicia y el peor posible para todo lo demás” [1996:39].

Aunque originario de la Gran Bretaña, su mayor influencia se dio en Estados Unidos, puesto que en su país de origen ya empezaban a manifestarse los problemas generados por su *laissez-faire*. Esto aún no sucedía en norteamérica, puesto que su proceso de industrialización se encontraba en una etapa inicial, por lo que el lema “la supervivencia del más apto” tuvo una gran aceptación, donde se suponía que el más apto era el más rico. Boakes hace ver que la filosofía de Spencer podría ser usada para justificar la aniquilación de una raza y una cultura, lo mismo que la competencia ilimitada entre los individuos.

En México, el positivismo se volvió el discurso ideológico mediante el cual se expresarían también el porfirismo y los *científicos*. Como señala Zea (1993), en Spencer y Darwin, el grupo social que sostenía tales doctrinas encontraría la justificación de su lugar y de los medios usados para alcanzarlo. Sin embargo, anotemos lo que también dice Zea: “en el fondo de todos los males de México está una realidad histórica y no una doctrina filosófica”.

## LA PSICOLOGÍA EN EL SIGLO XIX

En el siglo XIX la psicología florecía como ciencia proporcionando otra dimensión a la conciencia de la “raza”. Hale (1990) señala que, a mediados del siglo, con H. Taine se pretendía analizar el “estado moral elemental” o “psicología” de un pueblo, que resultaría de tres fuerzas principalmente: la raza (o tendencias innatas hereditarias vinculadas al temperamento y la estructura corporal), el *milieu* y el momento. De manera posterior, junto con Georges Soler y Ortega y Gasset, se deja sentir en México el “nefasto” impacto, según Bartra (1987), de Gustave Le Bon. Su doctrina, que tuvo una gran influencia en América Latina, otorgaba un lugar fundamental a la cuestión de la raza. Para él, el “alma” de un pueblo conforma su “constitución mental”: es decir, las características morales e intelectuales que determinan su evolución, que son inalterables y se reproducen de modo constante por la herencia. De esta forma, Le Bon procede a una clasificación psicológica de las razas. Las superiores serían las indoeuropeas, seguidas por la anglosajona muy por encima de las latinas. El carácter de la raza se deriva de las ideas que penetran en el alma racial y se convierten en pensamientos inconscientes permanentes, tales como el individualismo, la libertad y el sentido del deber de los anglosajones. Esto en contraposición a la búsqueda de igualdad y la dependencia del Estado de los latinos: América del norte y América del sur son la demostración de esta hipótesis. En la primera, la estabilidad y el progreso son la constante, mientras que en la segunda, la anarquía y la autocracia constituyen las diferencias en cuanto al carácter. Estos argumentos produjeron un cierto pesimismo en el pensamiento latinoamericano de la identidad nacional, especialmente en aquellos que volteaban los ojos a Europa al buscar sus raíces culturales.

De manera paulatina y como parte de las reacciones al positivismo (que no implicaban su abandono total, como veremos), tuvo lugar lo que podemos llamar la “psicología regional” (o el surgimiento de la *identidad racial o nacional*). Con A. Arguedas (*Pueblo enfermo*, 1909) se da la vinculación entre las condiciones ambientales –el hábitat– y sus características psicológicas, aun cuando al hablar no de región sino de nación, la determinación racial retomara el lugar preponderante. Esta psicología regional parecía estar más determinada por factores geográficos que por raciales (al menos en las culturas regionales de

Bolivia, que fue donde se realizó la investigación). Sin embargo, se seguía considerando fundamental la raza, al menos al referirse a la nación. La ambigüedad contemplada en esta especie de sociología positivista refleja una tendencia de la época, en la que ese pensamiento positivista era puesto en cuestionamiento por diversos sectores, e identifica la tensión entre el determinismo racial y el ambiental.

Las diversas explicaciones o interpretaciones acerca del carácter o identidad nacional en los países latinoamericanos, intentaron modificar de varias formas ese pesimismo intelectual. En el plano político una de estas formas consistía en proponer el “blanqueo” de nuestras razas mestizas o mulatas. En esta perspectiva, Porfirio Parra afirmaba, hacia 1900, que el método positivista puede remediar los males de nuestra raza.

Sin embargo, las críticas a esta doctrina tenían también como fuente los datos mismos de la investigación empírica, que de alguna manera ponía en duda los supuestos de superioridad racial. En Brasil, un autor de nombre Euclides de Cunha, encontraba en la observación de una etnia (Sertanejos) no sólo que este pueblo era capaz de adaptarse (cosa importante de contrastar en ese momento), sino que tal vez constituían *el núcleo mismo de nuestra nacionalidad, los cimientos de nuestra raza*. El trabajo de De Cunha es importante no sólo porque manifiesta un avance más en la dirección del cuestionamiento del determinismo racial y una revaloración de la raza, sino –sobre todo– por la conformación de un nuevo campo de estudio en el pensamiento social: *la base étnica o racial de la identidad nacional*.

En la medida en que las influencias del pensamiento europeo se dejaban sentir, el determinismo racial había sentado sus reales en México. Sin embargo, resultaban evidentes fuertes contradicciones al respecto. A principios del siglo XIX, en la guerra de Independencia y la Reforma, un hecho destacado consistió en que estos movimientos llevaron aparejados la participación de *las masas* y, paradójicamente en relación con el determinismo racial, gran parte de sus héroes fueron indios (Benito Juárez) o mestizos (José Ma. Morelos). Hale (1990) señala algo que tampoco ha cambiado radicalmente en el presente: la negación del indio por parte de la élite intelectual, lo que había llevado a asumir *un sentido criollo de la nacionalidad*:

La verdadera barbarie de esta ideología “civilizada” consistió en que excluía de la noción de civilización todos los modelos alternativos de existencia, indios, negros, comunitarios, así como toda relación de propiedad que no fuese la consagrada por la economía liberal. Notablemente esta postura excluía el estilo de vida secular basado en la propiedad comunal, como el ejido y el producto agrario compartido. Estas culturas alternativas se afiliaban con una escala de valores diferentes a los de las ciudades. La tradición, el conocimiento mutuo, la capacidad de autogobierno entre comunidades que conocían bien a sus propios habitantes. La cercanía y el buen uso de la naturaleza y la sospecha hacia leyes abstractas impuestas desde arriba, fueron parte de esta civilización alterna negada por la mentalidad progresista del siglo XIX. La cultura alternativa de indios y negros fue vista como un obstáculo contra el progreso por las élites liberales que ellos consideraban “científica”. Tal ideología no era sino una adaptación de la filosofía positivista de Comte [Fuentes, 1992:305-306].

Más adelante continúa:

El lema de esta filosofía “Orden y Progreso” inspiró a todos los gobiernos modernizantes del siglo XIX. Incluso, terminó plasmándose en el centro mismo de la bandera nacional brasileña. El positivismo permitió a los altos sacerdotes de la *real politik* latinoamericana presentarse envueltos, no en sus banderas nacionales, sino en una filosofía que disipaba las brumas de un pasado metafísico. Puesto que era posible predecir científicamente el movimiento de la sociedad, también era posible administrar el cambio y, subsecuentemente, eliminar los obstáculos al cambio, el primero de los cuales era la población indígena. El escritor argentino Carlos Bunge, en *Nuestra América*, bendijo el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis por haber diezmando a los indios y negros de las Américas. La propaganda contra los indios fue el contrapunto de un ferviente deseo de traer inmigrantes blancos europeos a la América Latina. En México, la dictadura de Porfirio Díaz se proclamó a sí misma “científica” e inspirada por el positivismo [*ibid.*:306].

De esta forma, queda claro que los grandes remedios a los males del siglo antepasado radicaban en el blanqueo de la población y, como Pimentel (1854, en Hale 1990) lo sugeriría en su tiempo, la eliminación de la palabra raza.

En México, después de 1870, particularmente con Justo Sierra, el pensamiento evolucionista propició una nueva y optimista concepción de la raza. A diferencia de otros pensadores proclives

al pesimismo racial, como Le Bon que afirmaba el efecto debilitador de la mezcla de razas, Sierra pensaba que uno de los elementos del crecimiento de la nación mexicana como “personalidad autónoma” consistía en que los mexicanos eran vástagos de dos razas, nacidos de la Conquista, frutos de España y de la tierra de los aborígenes. El hecho de que la población mestiza se hubiese triplicado durante el siglo XIX, era clara refutación de los supuestos lebonianos sobre los mestizos, que se habían transformado en el factor dinámico y político determinante de nuestra historia. Aun cuando Sierra no se alejaba demasiado de los lineamientos positivos, podemos considerar que uno de los aportes fundamentales de su pensamiento fue haber “dotado” a México de un germen de *identidad nacional*, y ésta residía en el mestizo.

#### LA REFORMA EDUCATIVA EN EL PERIODO LIBERAL

La historia de México, contemplada desde la perspectiva positivista, hacía suponer que la historia humana se desarrolla en etapas predecibles y universalmente válidas. Como ya lo mencionaba Fuentes (1992), para los países de América Latina bastaría saber en qué etapa de su historia se encontraban para insertarse científicamente en la búsqueda del progreso. De acuerdo con esto, el desarrollo de la historia de México podría entenderse a partir de las siguientes etapas: en primer lugar, por el *estado teológico*, en el que la política y el dominio social estuvieron en manos del clero y la milicia. La lucha de liberales contra conservadores –con el triunfo de los primeros– representa la fase combativa, o *estado metafísico*, que implica la destrucción del orden previo (teológico) y su sustitución por un orden positivo. La construcción del *estado positivo*, tercera fase, era la tarea del momento, que consistía en establecer el orden donde el caos y la anarquía habían imperado. Una de las acciones más importantes a tomar para llevar a cabo la instauración del orden consistía en uniformar las conciencias de los mexicanos. En este tenor, la educación adquiriría un papel fundamental en los objetivos perseguidos, razón por la cual la reforma educativa adquiriría una importancia crucial.

Los argumentos expuestos en el discurso conocido como la “Oración Cívica”, pronunciado en 1867 por Gabino Barreda, fueron

percibidos por el presidente Juárez como el instrumento adecuado para cimentar la revolución reformista, como la base de la doctrina que el cambio educativo necesitaba. En este discurso se enfatizaba que la Independencia había sido vindicada, que reinaban las Leyes de Reforma y la Constitución, y que a partir de ahí el lema sería Libertad, Orden y Progreso. Pero para Barreda la libertad era un logro del pasado: el orden y el progreso la tarea del futuro (Hale, 1990).

Con ese mismo trasfondo ideológico fue redactada –ese mismo año– la ley que reglamentaba la instrucción en México, desde la primaria, hasta la profesional, pasando por la preparatoria (véase en el Apéndice I la Ley de Enseñanza Preparatoria en el Distrito Federal de 1897). Gabino Barreda fue llamado por Benito Juárez como parte de la comisión encargada de proponer la reorganización educativa. En la reforma educativa que éste propondría, Juárez veía el instrumento que terminaría con el caos y el desorden en el que México había caído.

El clero católico fue objeto de las baterías de Gabino Barreda en el discurso mencionado (Krauze, 1994; véase también *Historia general de México*, tomo II), así como del partido liberal. Si bien la iglesia católica (*estado teológico*) es uno de los estados que la humanidad ha tomado en su marcha hacia el progreso, ya no tiene razón de ser, en tanto la emancipación a la que debiera aspirar la humanidad es de naturaleza triple: científica, política y religiosa. En este sentido, el liberalismo mexicano es visto por Barreda como una expresión del espíritu positivo, en tanto el clero representa el espíritu negativo que se opone al avance revolucionario.

Una secuela de este razonamiento la constituyó el intento por descatolizar a los mexicanos, dado que desde el púlpito la iglesia seguía representando una fuerte oposición al orden por establecerse. Melchor Ocampo propuso cambiar la religión de los mexicanos y establecer el protestantismo, y Lerdo de Tejada, como presidente de México en 1872, promovió de manera activa la inmigración de los primeros protestantes. Como sabemos, el resultado conseguido estuvo lejos de ser el esperado. Sin embargo, debe mencionarse lo anterior en tanto forma parte de la actitud que debiera tener la nueva educación.

El Partido Liberal, al constituirse en Estado, tuvo que establecer las bases para un orden social duradero. La burguesía, como dice Zea (1993), clase de la que habían salido los principales dirigentes

de este partido, dotó de principios al movimiento revolucionario contra la iglesia y la milicia. De las filas de la clase vencedora saldrían los futuros dirigentes del nuevo orden de cosas: deberían, por esto mismo, recibir una educación adecuada a esos fines.

Sin embargo, esta nueva educación no sería únicamente para las clases dirigentes, sino que dado que el desorden social y político se origina en el desorden en las conciencias, éstas deben uniformarse, para evitar la anarquía. Era necesario que la instrucción fuera igual para todos, al margen de la profesión elegida, pues todas deben obrar de conjunto para lograr un mismo fin, que es el bienestar social. Así, Gabino Barreda había de proponer que todos los mexicanos recibieran la misma educación y, también, la obligatoriedad de la primaria. Aparece aquí, de manera reiterada, uno de los *encargos*, o *mandatos sociales* que generarían las condiciones de formación de la *intelligentsia* mexicana. Está presente, como estuvo referido en las secciones anteriores, la necesidad de generar una *identidad nacional* desde la cual se puedan ejercer los mecanismos de control del Estado. Pero el otro eje es la uniformidad, la posibilidad de generar, en medio de la desordenada pluralidad y heterogeneidad de la población, la constitución de un *sujeto*, a partir de la organización social de los procesos de educación e instrucción. La formación del aparato científico y educativo estaría subterfundida por el impulso de un modelo que requería ineludiblemente el rechazo de la pluralidad y la heterogeneidad constituyente de la población del país.

En la exposición del nuevo plan de estudios para la Escuela Nacional Preparatoria, Barreda propone que la educación deberá abarcar la enseñanza de todas las ciencias positivas, empezando por las matemáticas, hasta las ciencias naturales y, finalmente, la lógica. La enseñanza de los idiomas vivos se va intercalando, mientras que el latín se daría al finalizar los cursos. El español y la lógica quedan también al final ya que, en el caso del primero, hasta ese momento el alumno sería capaz de percibir la importancia del idioma; en cuanto a la segunda, para ser comprendida primero tenía que ser mostrada en la práctica –las materias positivas. Esta reforma educativa, expuesta de manera tan escueta, habría de ser objeto de fuertes críticas en periodos posteriores, que dificultarían su puesta en práctica, y que llevarían a cambios en los programas de las materias (en el periodo conocido como el “krausismo”), y a su restablecimiento con ciertas modificaciones.

Una vez que triunfó la Reforma se funda, en 1877, la Asociación Metodológica "Gabino Barreda". De sus integrantes, Porfirio Parra y Manuel Ramos nos interesan especialmente. Para el primero (1882; en Zea, 1993), discípulo de Gabino Barreda, el positivismo era el único sistema compatible con la situación política imperante en la época. *Debía adoptarse en los colegios nacionales, puesto que, además, corregía ciertas tendencias defectuosas de nuestra raza.*

Manuel Ramos fue otro de los miembros importantes de la Asociación Metodológica. Desde la perspectiva de las ciencias positivas, Ramos pretendía justificar sus ideas acerca de las ciencias sociales. Para él, la ciencia social es posible de igual forma que la ciencia biológica; la primera debe estudiar el nacimiento, desarrollo, estructura, funciones de la sociedad, de la forma que la segunda los estudia en el individuo. Debe determinar los caracteres comunes a todas las sociedades, los menos generales que convienen a ciertos grupos, los particulares a cada uno, etcétera, sin dejar de lado el conjunto de las circunstancias en medio de las cuales se desarrollan las sociedades, es decir, la influencia del medio. No es esperable de esta ciencia la exactitud, puesto que en rigor, tampoco las ciencias exactas lo son. En el "Estudio de las relaciones entre la sociología y la biología" (en Zea, 1993), propone Ramos que hay que considerar en el hombre un orden de fenómenos de tipo biográfico (psicológicos, diríamos nosotros), que la biología no puede prever. Lo mismo en las sociedades, hay dos tipos de fenómenos, unos de los que da cuenta la historia y que la sociología tampoco puede prever, así como otros relativos a su desarrollo, estructura y funciones que suministran los materiales de la ciencia social, que pueden prever la marcha de los fenómenos sociales. Para Ramos, la sociedad es a la historia lo que la biología a la biografía.

Estas ideas de Ramos sobre las relaciones entre sociología y la biología, lo mismo que las obras de Parra sobre lógica y psicología nos permiten ir conformando el perfil de la psicología mexicana de principios de siglo XX basada en el marco positivista, el método experimental y la reducción de los fenómenos psicológicos a procesos parabiológicos.

## LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL EN MÉXICO

Inspirado en los vientos positivistas que soplaban en la época, Parra escribe su *Lógica*, retomando principalmente el punto de vista de James S. Mill y Alexander Bain. Dicho trabajo fue usado como libro de texto en la Escuela Nacional Preparatoria a partir de 1903. En el campo de la psicología participó también de manera destacada. Publicó en la *Revista Positiva* los artículos “Las localizaciones cerebrales y la psicología” (1901) y “Enumeración y clasificación de las formas de sensibilidad” (1902). Sin embargo, para nuestros motivos, un aspecto importante fue que Porfirio Parra formó parte del grupo que educaría a la segunda generación de positivistas, de la que Ezequiel Chávez formaba parte.

Ezequiel Chávez (1868-1946) es considerado uno de los pioneros de la psicología experimental mexicana. Fundó la primera cátedra de psicología en 1896, y elaboró el programa para esta materia que fue presentado a Joaquín Baranda, entonces secretario de Educación Pública. El presidente Porfirio Díaz aprobó este currículo, con lo cual se procedió a formalizar el primer curso de psicología en la Escuela Nacional Preparatoria en 1896. Chávez fue el encargado de impartirlo (Díaz-Guerrero, 1980; Valderrama, 1994).<sup>3</sup>

Ezequiel Chávez, filósofo de orientación positivista, fue uno de los discípulos más importantes de Justo Sierra. Fue promotor de la enseñanza de la psicología experimental en México, lo mismo que el punto de partida de los estudios sobre el carácter (o identidad) del mexicano del siglo XX, como lo plantea Bartra (1987). En el “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter del mexicano”, publicado en la *Revista Positiva* (núm. 3, marzo de 1901), Chávez dice:

Difícilísimo es en todo caso fijar en cualquier pueblo los rasgos distintivos de su carácter; los que hagan que determinadas formas constitutivas, de educación o de represión, lo perfeccionen, y que

<sup>3</sup> Nos encontramos aquí con un momento culminante en el proceso de institucionalización de la psicología en nuestro país. El primer curso de psicología, impartido en la ENP, significaba un lugar de visibilidad y un espacio social para la psicología. Adquiría, entonces, su carta de ciudadanía.

otras no le sirvan; y de aquí resulta que pueda afirmarse que no hay un solo país en el que descansa sobre una base *verdaderamente científica* la pública organización.

No obstante, en varios pueblos se ha principiado ya a estudiar el carácter nacional, al que debían adaptarse las instituciones, y es valioso de tal estudio el fino análisis que, de la psicología de los eslavos ha hecho el hábil observador Sikorski; pero mejor que en casi toda Europa en los Estados Unidos se procura en el momento presente, observar y analizar las condiciones psíquicas de los elementos nacionales tales como aparecen en la infancia o en la juventud y a ese fin los alumnos en los laboratorios de psicología experimental de las universidades se someten a múltiples observaciones para adaptar a las circunstancias de cada cual los métodos apropiados y las dosis y la dirección de trabajos que le convengan.

En México casi nada o a lo menos demasiado poco hay sobre el particular [...] Importa en consecuencia elaborar el estudio que en el particular no existe; fruto suyo será la institución científica del tratamiento adecuado, para la educación de los diversos componentes del cuerpo social, para la represión de los delincuentes, para la coherencia de los asociados todos.

En 1890 Porfirio Díaz otorgó a Justo Sierra el cargo de secretario de Justicia, Instrucción Pública y Bellas Artes. Justo Sierra llamó a Ezequiel Chávez a colaborar como subsecretario de Instrucción Pública y se iniciaron los esfuerzos por crear una Universidad Nacional. Previamente, en 1903, cuando aún era diputado, Justo Sierra había comisionado a Chávez para que investigara en Estados Unidos las universidades de prestigio que permitieran apoyar el establecimiento de la Universidad Nacional de México. Estos esfuerzos fructificaron en 1910, cuando Porfirio Díaz aprobó el proyecto y se estableció dicha universidad. Posteriormente, Chávez ocuparía diversos puestos públicos, entre ellos el de rector de la Universidad Nacional de México en un par de ocasiones.

La falta de disponibilidad de textos de apoyo para impartir la cátedra de psicología en la ENP, llevó a Chávez a traducir el libro de Titchener, *Elementos de psicología*, obra que se usaría en esa institución como texto durante muchos años. También con su participación se fundó la primera asociación psicológica mexicana, la Sociedad de Estudios Psicológicos.

Los cursos de psicología que Chávez impartía se daban como parte de los estudios de graduados en filosofía en la Escuela de Altos

Estudios, en la que había un laboratorio experimental a cargo de Enrique O. Aragón, discípulo de Chávez. De la cátedra impartida por su mentor, Aragón publicaría la primera obra escrita en México por un autor aborigen, que se llamó *La psicología* (en Valderrama *et al.*, 1994). Enrique O. Aragón fue profesor de psicología de la Escuela Nacional Preparatoria durante 36 años, así como fundador del primer laboratorio de psicología experimental en México, diseñado a semejanza del de Wundt, y con aparatos traídos de Alemania.

El positivismo sirvió de marco para el surgimiento de la psicología experimental en México. El énfasis en el dominio de la ciencia, en la aplicación del método de la observación y la experimentación que impactaba al total de la sociedad, naturalmente impactó también a la psicología. Lo mismo que la doctrina positiva, el antecedente de la psicología experimental practicada en México fue europeo. La perspectiva experimentalista de Wundt lo corrobora, lo mismo que la influencia de Titchener. Pero todo esto se ajusta al molde liberalista impuesto durante el siglo XX, inclusive la misión que se le asignaba por parte de Ezequiel Chávez (1937, en Valderrama, 1994) a la nueva psicología mexicana: “llegar a fundar en México un instituto de psicología que destacado a través de toda la República, estudiara directamente en cada lugar de ella el alma de los indios, el alma de los mestizos, el alma de los blancos [...] y les diera una identidad”.

El proceso de institucionalización de la psicología experimental en México muestra con nitidez los elementos de su proyecto, de su *profecía*, en términos de Mühlmann. El proyecto de esta psicología se muestra subsidiario (¿subalterno?) al proyecto liberal. Este proyecto político, proyecto de sociedad, tuvo una de sus expresiones más importantes en el positivismo, “religión” científica que debería romper las ataduras de la ignorancia cultivada desde el periodo colonial. En este proyecto, el Estado debería crear a sus *sujetos*, muy distintos del *pueblo*, de esos colectivos que fueron ocultados detrás del estereotipo construido, de ese salvaje en el espejo que había que anonadar, que había que desaparecer. Y si el proyecto liberal creó a ese *mexicano* que debía hacer desaparecer, irónicamente esa figura se convertiría en el eje de una mitología que daría una nueva legitimidad al Estado que surgiría en la quiebra del liberalismo. El proyecto de la psicología en México sería entonces el mejor abanderado del proyecto educativo del periodo liberal. El sujeto

que constituía la pesadilla del liberalismo, se convirtió en el único capaz de realizar lo que los grupos liberales y sus “científicos” jamás lograron.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, R. (1987), *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México.
- Basaglia, F. et al. (1975), *Los crímenes de la paz*, Siglo XXI Editores, México.
- Boakes, R. (1990), *Historia de la psicología animal. De Darwin al conductismo*, Alianza, Madrid.
- Díaz-Guerrero, R. (1980), “Momentos culminantes en la historia de la psicología en México”, *Enseñanza e Investigación en Psicología*, núm. 6, CNEIP, México, pp. 278-290.
- Fuentes, C. (1992), *El espejo enterrado*, FCE, México.
- Hale, Ch. (1990), “Ideas políticas y sociales de América Latina, 1870-1930”, en L. Bethel (ed.), *Historia de América Latina*, tomo VIII, Cambridge University/Crítica.
- Krauze, E. (1994), *Siglo de caudillos*, Tusquets, México.
- Lourau, R. (1980), *El Estado y el inconsciente*, Kairós, Barcelona.
- Paz, O. (1994), “Vuelta a el Laberinto de la Soledad. Conversación con Claude Fell”, en *El laberinto de la soledad*, FCE, México.
- Valderrama, P. Colotla, V. Gallegos, X. Jurado, S. (1994), *Evolución de la psicología en México*, El Manual Moderno, México.
- VV. AA. (1986), *Historia general de México*, El Colegio de México, México.
- Zea, L. (1993), *El positivismo en México*, FCE, México.